

# MARIO PAYERAS: EL MITO Y LA EXPERIENCIA

*Bajo el Volcán* núm. 20, año 12, marzo-agosto 2013

Adolfo Gilly<sup>1</sup>

Facultad de Ciencias Sociales y Humanidades  
de la Universidad Nacional Autónoma de México  
agilly@unam.mx

El estudio histórico de Sergio Tischler, *Imagen y dialéctica – Mario Payeras y los interiores de una constelación revolucionaria*,<sup>2</sup> está escrito en diálogo con dos libros clave de Mario Payeras: *Los días de la selva*, 1980, y *El trueno en la ciudad*, 1987. Es también una reflexión sobre las palabras y los hechos de quien fuera organizador, combatiente y escritor de la guerrilla en Guatemala: el estilo en la escritura era para Mario uno mismo con el estilo en la vida.<sup>3</sup>

En este empeño Tischler acude a la construcción teórica de Walter Benjamin en sus *Tesis sobre la historia* para pensar y develar una relación real, ocultada por la mezquindad de las disputas políticas de prestigio y poder, entre dos momentos fundantes de la prolongada guerra de guerrillas en Guatemala en la segunda mitad del siglo xx.

Uno es el momento iniciador, allá por febrero de 1962, del Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre (MR-13), dirigido por dos tenientes y un teniente coronel del ejército guatemalteco: Marco Antonio Yon Sosa y Luis Augusto Turcios Lima, los tenientes; Augusto Vicente Loarca, el teniente coronel (o “el Coro”, como lo conocían y lo nombraban). A ellos se sumaba, en la dirección del frente urbano, un egresado del Politécnico, Francisco Amado Granados. El coronel murió en julio de 1965, en combate en las calles de la ciudad de Guatemala; Turcios Lima en octubre de 1966, en un atentado a su automóvil; Paco Amado en la redada de inicios de marzo de 1966, bajo la tortura policial; Yon Sosa en mayo de 1970, asesinado en Chiapas por el ejército mexicano.

El MR-13 era continuador y heredero del levantamiento militar del 13 de noviembre de 1960, encabezado por el teniente Alejandro de León y un grupo de jóvenes militares de escuela (el teniente Marco Antonio Yon Sosa y los subtenientes Luis Augusto Turcios Lima y Luis Trejo Esquivel) contra el gobierno de Miguel Ydigoras Fuentes, que permitía el uso de territorio y bases de Guatemala para preparar la invasión a Cuba. El levantamiento fue reprimido y desbaratado con la intervención de la fuerza aérea de Estados Unidos, pues la aviación militar guatemalteca se negó a atacar a sus colegas rebeldes.<sup>4</sup>

El otro momento fue el inicio de la segunda estación guerrillera guatemalteca, la del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP), cuando diez años después un pequeño destacamento de quince combatientes se internó en Guatemala por la selva del Ixcán, el 19 de enero de 1972.

Cada uno de esos momentos –de estas guerras guerrilleras– tuvo su propio desarrollo, su pasado y su destino.

Sergio Tischler, con los instrumentos de navegación de Walter Benjamin y los suyos propios, alcanza a divisar y a describir una “constelación”, o una relación constelada, entre la guerrilla de Yon Sosa, Turcios y Loarca y la guerrilla inaugural del EGP, la que Payeras describe en *Los días de la selva*. Ésta no fue la negación de aquélla, sino en cierto modo la heredera de sus anhelos y experiencias, y también del sabor de fruta amarga de sus derrotas.

Marco Antonio Yon Sosa había sido apresado y asesinado en Chiapas, junto con sus dos compañeros indígenas, Fidel Raxcacoj Xitumul y Enrique Cahueque Juárez, el 16 de mayo de 1970, por un destacamento del ejército mexicano. Era un hombre noble y generoso, un jefe militar que, como el general Lázaro Cárdenas, prefería perdonar y no quería matar.<sup>5</sup>

Cuando a inicios de 1972 Mario Payeras y sus catorce compañeros cruzaron la frontera de Chiapas por la Selva Lacandona y se internaron en la Selva de Guatemala –una y la misma las dos selvas– llevaban consigo, además de los fantasmas de la Lacandona, según cuenta el Subcomandante Marcos, también el fantasma precursor del MR-13, cuya experiencia heredaban, pero no querían repetir.

Aquella guerrilla del MR-13, encabezada por tres militares, era a su vez herencia de la historia reciente de Guatemala y de la Revolución de Octubre de 1944, ese proceso revolucionario nacional que había llevado al gobierno al coronel Jacobo Arbenz, cortado en 1954 por el golpe de Castillo Armas y el Departamento de Estado. Había sido el MR-13, como hemos visto, un movimiento nacionalista y antimperialista de origen militar, que en el curso de su lucha devino en agrarista y después en socialista. Sus referencias e influencias eran la Revolución socialista cubana, China, Vietnam y las insurrecciones coloniales de esos años sesenta del siglo XX.

En México tuvo como respaldos, entre otros, al coronel guatemalteco Carlos Paz Tejada, figura tutelar en el exilio, y al general Lázaro Cárdenas; y desde México recibieron apoyos de un grupo de militares nacionalistas, de tradición cardenista, ligados a una corriente del trotskismo latinoamericano, cuyo núcleo teórico y práctico se arraigaba en la revolución colonial de esos días: Argelia, Vietnam, Cuba, China, América Latina. Esta compleja y transparente historia, hasta donde sé, está todavía en gran parte por contarse. La conservan los archivos mexicanos, y otros también.<sup>6</sup>

\* \* \*

Al escudriñar desde su mirador la relación entre ambos movimientos guerrilleros —el de los años sesenta, el de los años setenta y ochenta—, Sergio Tischler alcanza a divisar una constelación que otros no habían visto o querido ver. En rigor de verdad, las constelaciones no existen: son agrupamientos estelares que se nos aparecen desde nuestro punto de mira, este planeta. Pero, entonces, sí existen, y durante milenios han guiado a los marinos, los viajeros y los vagabundos.

Esa constelación que Tischler descubre es tal y es verdadera: la persona, el pensamiento y la poesía de Mario Payeras conforman un principio organizador que permite ubicarla. Está entera y fulgente en *Los días de la selva*. A partir de ahí, agrego unas estrellas menos visibles pero no menos reales: los militares revolucionarios, las insurrecciones y guerras coloniales de los años sesenta del siglo XX, la guerra de liberación de Vietnam, los prolegómenos del “año mágico” de 1968 donde la figura del Che, caído en Bolivia en octubre del 67, fue otro astro en el imaginario juvenil y popular.

La consigna del Che desde Bolivia: “revolución socialista o caricatura de revolución”, venía a dar razón a la que el MR-13 desplegaba desde 1964 en Guatemala en el nombre de su periódico clandestino: *Revolución Socialista*.

Sergio Tischler anota que, entre los rasgos originales de la guerrilla guatemalteca, reaparece en *Los días de la selva* la idea del socialismo como horizonte alcanzable. Cuba y Vietnam, más que nadie, la inspiraron y le dieron contornos de realidad posible. La alimentaban la herencia política del MR-13 y de las FAR de Turcios Lima, por un lado; la frase terminante del Che, por el otro; y el destino mismo de la revolución del Movimiento 26 de Julio (M-26) en Cuba, proclamada por Fidel Castro como revolución socialista en abril de 1961, cuando fue derrotada en Playa Girón la invasión desde Centroamérica que Estados Unidos había preparado.

Tischler define la cuestión en estos términos:<sup>7</sup>

Los guerrilleros eran gente que había decidido tomar el poder por la vía revolucionaria y, desde el poder revolucionario, llevar a cabo las transformaciones que llevaran al país al socialismo. Para tomar esa decisión, la cual, como se ha visto, no era la de una excursión por el bosque, estas personas debían de estar dotadas de una voluntad que reúne, por lo menos, los siguientes aspectos: 1) el coraje surgido de las luchas pasadas, y un tipo de lealtad a los muertos en esas luchas, particularmente en la lucha armada de los sesenta; 2) una férrea convicción de que el socialismo era el horizonte alcanzable de las luchas de emancipación; y 3) la certeza de que la estrategia de la guerra popular revolucionaria era la forma para llevar a cabo la revolución, dadas las características de la dominación burguesa en el país.

A estos puntos, nuestro autor agrega un cuarto elemento: “el componente mesiánico en la subjetividad”. Lo divisa en Payeras y lo describe así:<sup>8</sup>

Su relato está iluminado por una perspectiva utópica y revolucionaria, pero también por el rayo de luz mesiánica. Ese será un componente, no del todo explícito y conciente, del modelo de la guerra popular en Guatemala, y en gran parte de América Latina.

Estos aspectos, agrega,

[...] son parte de una subjetividad histórica, conformada por experiencias de lucha de carácter nacional e internacional. Su raíz se encuentra en el enfrentamiento al sistema. En otras palabras, la *forma guerrilla* es resultado de la lucha de clases y, a la vez, representa una codificación (limitada) de la misma. De tal manera que pensar en dicha forma requiere revelar sus contenidos y establecer cómo es parte de una constelación revolucionaria específica. Como se dijo, en este trabajo se exponen únicamente algunos aspectos todavía limitados de esa constelación.

Esa subjetividad aparece a veces deslumbrante y en equilibrio, a veces como desequilibrio y sombra, en otras figuras de las revoluciones de América Latina: el mito soreliano que retoma José Carlos Mariátegui; “las grandes avenidas” con cuya promesa, antes de su suicidio, Salvador Allende se despide de su pueblo; los “ríos profundos” de José María Arguedas y de Hugo Blanco; los personajes que se empeña en recordar Eduardo Galeano, uno de los cuales, José Artigas, cierra el libro de Tischler; los que aparecen y reaparecen en la poesía de Juan Gelman; la carta del Che Guevara a Fidel Castro en que se despedía de Cuba y aquella otra, última, desde la selva boliviana; las cartas de Luis de la Puente desde la sierra peruana en el Perú;<sup>9</sup> y tantos otros que son genealogía y linaje.

Esa subjetividad en Bolivia, en Perú, en México, en Guatemala y aun más allá en el continente, es también herencia y patrimonio del pensamiento de los pueblos originarios y sus historias de opresión, humillaciones y rebeliones. Está explícita en el marxismo soreliano de José Carlos Mariátegui:<sup>10</sup>

El mito mueve al hombre en la historia. Sin un mito la existencia del hombre no tiene ningún sentido histórico. La historia la hacen los hombres poseídos e iluminados por una creencia superior, por una esperanza superhumana; los demás son el coro anónimo del drama. La crisis de la civilización burguesa apareció evidente desde el instante en que esta civilización constató su carencia de un mito. [...] La fuerza de los revolucionarios no está en su ciencia;

está en su fe, en su pasión, en su voluntad. Es una fuerza religiosa, mística, espiritual. Es la fuerza del mito.

Con esa subjetividad, heredada después por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional en México, entró en resonancia el ideal heroico de cierta estirpe de jóvenes militares en sociedades inquietas y turbulentas como las de estas regiones del mundo.

\* \* \*

No son muchos los militares que se suman a una revolución, pero en casi todas las ha habido. No son los que quisieron hacer carrera, escalar honores y alcanzar poder. Son aquellos que tomaron el oficio de las armas persiguiendo el ideal antiguo de la vida heroica. Jean-Pierre Vernant lo define de este modo:<sup>11</sup>

[...] en el ideal heroico, un hombre puede elegir querer ser el mejor, siempre y en todo, y para probarlo va continuamente, según la moral guerrera en el combate, a colocarse sin vacilar en primera fila y a poner en juego, cada día, en cada enfrentamiento, su *psujé*, él mismo, su propia vida, todo. ¿Por qué todo? Esta concepción de una forma de vida que se apega a un sentido del honor, la *timé*, también hace que todos los honores de Estado, los honores establecidos, no tengan para él valor alguno.

Cuando esos militares buscan su camino en una revolución o en una guerra de resistencia actúan tal como fueron educados y quisieron ser: como guerreros, no como políticos. No es que un oficio sea superior al otro. Se trata de una diferente configuración de los sentimientos, los modos, la ética y el modo de imaginar el propio lugar en el mundo. Cuando esa revolución se desenvuelve en guerra o en guerrilla, en ella buscan unir en un haz vocación, oficio y destino.

“¿Qué relación existió (y existe) entre el tiempo de la guerrilla de 1981 y el tiempo de la guerrilla de los sesenta?”, se pregunta Tischler. Así se responde:<sup>12</sup>

[...] el nexo temporal entre las dos guerrillas no es mecánico ni lineal. El nexo es un salto, lo nuevo. Y el salto es *discontinuidad*, es decir, ruptura con la forma anterior. Por eso Payeras relata el avance de la guerrilla a principios de 1981 como algo nuevo que surgió de la derrota.

Y así prosigue:

Entre ambas experiencias existe un vínculo más profundo que el que puede garantizar un relevo generacional. Podemos encontrar una conexión de tiempos: el sujeto derrotado es parte del sujeto que avanza en tanto experiencia de lucha asimilada como conocimiento y memoria.

Existe un tiempo común entre uno y otro que no es el de los relojes y los calendarios, escribe Tischler:

La relación entre una forma guerrillera y otra no es de carácter mecánico-causal sino de una naturaleza distinta: ambas guerrillas forman una constelación. El vínculo entre una forma y otra, entre una historia particular y otra, es la *discontinuidad*, es decir, el rompimiento que produce la lucha en el tiempo de la dominación y con las propias formas de organización y de acción. Los puntos de la constelación son rupturas [...] con el tiempo lineal.

El tema de la continuidad y la discontinuidad, que atraviesa las *Tesis sobre la historia* de Walter Benjamin, es también nervio del modo de pensar de Marx y del modo de actuar de una sucesión y una escuela perennes de sus discípulos.

Toca ya concluir. Me permito, pues, ceder la palabra a las últimas páginas de *Imagen y dialéctica*. Escribe el guatemalteco Sergio Tischler:<sup>13</sup>

En Guatemala, nadie como Mario Payeras logró reflejar el sueño de la emancipación con tal exactitud e intensidad. Sus imágenes nos transportan al tiempo vivido de aquellos años. Son imágenes en caliente, forjadas en el clima de la acción revolucionaria. Por eso constituyen el mejor material para acercarnos a la subjetividad y a los interiores de la constelación revolucionaria de aquellos

años. Pero también son el principal testimonio de la verdad de aquel sueño. [...] Por eso es que podemos distinguir entre el sueño de los revolucionarios y las formas instrumentales y organizativas, y decir que el sujeto no es la organización sino la gente organizada. [...]

Por otro lado, el esfuerzo de sistematización conceptual hecho por Payeras para pensar una nueva síntesis revolucionaria es de lo mejor que produjo el movimiento revolucionario en el país. [...] Por supuesto, la síntesis de Payeras no nos sirve en este tiempo. No sólo era insuficiente en su momento, sino que respondió a una constelación de la lucha de clases que hoy ya no existe. Por lo tanto, no es asunto de ir al pasado para repetir, sino de actualizar las prácticas y los temas del cambio social. Es un asunto de la praxis revolucionaria hoy. En ese sentido, estamos en deuda con Mario Payeras.

Tales son los temas y la reflexión que este libro propone. Al estudiar los adentros de una configuración histórica, deja abierto el interrogante de una constelación del hoy con ese ayer. Tendrá que ser por fuerza diferente, tanto como lo es el mundo de este siglo de aquel en que vivieron Mario Payeras y los suyos. Pero para no quedar sólo en historia, imaginario o sueño, esa constelación habrá de heredar entre sus astros la estrella doble del mito y la experiencia.<sup>14</sup>

México, D.F., 2 de septiembre de 2011

## NOTAS

<sup>1</sup> Adolfo Gilly, *Historias clandestinas*, México, Itaca-La Jornada, 2010.

<sup>2</sup> Sergio Tischler, *Imagen y dialéctica – Mario Payeras y los interiores de una constelación revolucionaria*, F&G Editores y FLACSO-Guatemala, Guatemala/ICSYH, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Puebla; Guatemala, 2009, 145 pp.

<sup>3</sup> Sobre vida y estilo: “Para Mario Payeras, sin amargura o sombra”, en Adolfo Gilly, *Historias clandestinas*, Itaca-La Jornada, México, 2009, pp. 167-177.

<sup>4</sup> Sobre el MR-13 y sus orígenes, ver información en:

<http://perso.wanadoo.es/guerrillas/movguerriguatemalamr13.htm>

<sup>5</sup> Me llegó la noticia de su muerte en la celda 16 de la crujía N de la cárcel de



Lecumberri, mi domicilio fijo desde cuatro años antes.

<sup>6</sup> Un temprano reportaje sobre el MR-13 en Adolfo Gilly, *The Guerrilla Movement in Guatemala, Monthly Review*, New York, 1965 (en castellano: *El movimiento guerrillero en Guatemala, Monthly Review*, Buenos Aires, 1965). Reproducido en Adolfo Gilly, *La senda de la guerrilla*, Nueva Imagen, México, 1986, pp. 59-101.

<sup>7</sup> Tischler, cit., p. 63.

<sup>8</sup> *Ibid.*, pp. 64-65.

<sup>9</sup> Ver en Adolfo Gilly, op. cit., pp. 149-156, “Una carta desde la sierra peruana”, con la carta de Luis de la Puente del 15 agosto 1965, pp. 152-156.

<sup>10</sup> José Carlos Mariátegui, “El hombre y el mito”, 16 enero 1925, en *Obra política*, Era, México, 1979, pp. 308-312.

<sup>11</sup> Jean-Pierre Vernant, *La Traversée des frontières*, Seuil, Paris, 2004, “La mort héroïque chez les Grecs”, pp. 69-86.

<sup>12</sup> *Ibid.*, pp. 78-80.

<sup>13</sup> *Ibid.*, pp. 132-134.

<sup>14</sup> De sueños y experiencias escribió Mario Payeras en *El mundo como flor y como invento* (1987) y en *Latitud de la flor y el granizo* (1988), que en México Nuria Boldó editó y Jordi Boldó ilustró en los libros cuidados con esmero de Joan Boldó i Climent Editores; de guerras de otro tiempo, en *El trueno en la ciudad*, Juan Pablos Editor, México, 1987; y *Los fusiles de octubre*, Juan Pablos Editor, México, 1991. Entre los estudios sobre aquel periodo en Guatemala, véase Beatriz Manz, *Paradise in Ashes – A Guatemalan Journey of Courage, Terror and Hope*, University of California Press, Berkeley, 2004, 311 pp.

